

Presentación. El estante de libros

ENRIQUE SAN MIGUEL PÉREZ

*Catedrático de Historia del Derecho y de las Instituciones
Universidad Rey Juan Carlos. Madrid*

JCuando Nadiezhda Mandelstam puso final a sus asombrosas memorias, publicadas en 1970, y que con el muy explicativo título *Contra toda esperanza* venían a compartir todo el sufrimiento de un matrimonio de creadores libres y, por lo tanto, disidentes, bajo el stalinismo, pero especialmente el martirio de su marido Ósip, y no tanto el suyo, confinada en apenas una pieza de cuatro metros cuadrados cuando en Pskov la visitó Joseph Brodsky, la ya anciana escritora lamentaba que, no teniendo conocimiento ni del lugar ni de la fecha en la que había muerto su esposo, ni siquiera podía promover su expediente de rehabilitación. Pero, además, añadía que, en el supuesto de que Ósip hubiera muerto en el campo de internamiento de Kolymá (en realidad, murió en Vladivostok, en pleno y gélido diciembre de 1938), el instante final de su vida habría transcurrido en un pabellón para

infecciosos, es decir, ni siquiera habría llegado a conocer la increíble sensación de descanso que acompaña a quien yace en la cama de un hospital.

Hubo un período de la historia en donde, en efecto, los seres humanos no únicamente lamentaban el asesinato bárbaro de sus seres más queridos por la barbarie totalitaria, sino que, todavía más terrible, tenían la ilusión de que hubieran terminado en un hospital, centraban sus máximas aspiraciones en conocer el dónde y el cuándo, y cifraban sus más delirantes sueños en la posibilidad de localizar sus restos. Tiempos en donde la convergencia en el tiempo de los proyectos totalitarios y la sucesión de las contiendas más mortíferas de la historia, se vio completada por medio siglo de escisión del mundo en dos bloques irreconciliables. Tiempos que confinaron a gran parte de la humanidad en el territorio de la resignación, en donde la única aspiración cotidiana era la supervivencia. "La guerra ha terminado. Sobrevivir es vencer", anotó Thomas Mann cuando el 9 de mayo de 1945 le llegó la noticia del cese de las hostilidades en Europa. Y continuar con vida se transformó en la respuesta, la alternativa, el desafío e, incluso, la venganza de los seres humanos que, no sucumbiendo, prevalecieron sobre la barbarie.

Elisa Ruiz Pizarro decidió dedicar su Trabajo Fin de Grado en Relaciones Internacionales en la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid, íntegramente cursado en lengua inglesa, al estudio de las relaciones internacionales durante la Guerra Fría. Pero adoptó una perspectiva muy singular: la que aportaba el cine. Y, partiendo de la especificidad de las formas de creación como fuente de conocimiento, y muy especialmente las cinematográficas, optó por desplegar una reflexión desde el análisis sumamente plural, que integraba tanto la ciencia ficción como el cine de espías, el drama y la comedia, los grandes realizadores, como Stanley Kubrick y Billy Wilder, y los maestros de la

literatura de espionaje, como John Le Carré... Una reflexión desde el análisis que contiene el valor de lo que propone. Pero, también, de lo que anuncia. Una reflexión académica que no se agota en sí misma. Que interroga, sugiere, y despierta nuevas ideas y posibilidades de investigación.

Elisa Ruiz Pizarro tuvo la amabilidad de proponerme que acompañara la realización de su investigación. Y digo acompañar, porque su cultura académica y su madurez como analista internacional y como escritora se pusieron de manifiesto desde el comienzo de su actividad. A mí me correspondió el gratísimo papel de primer lector de una monografía, desde el comienzo, sumamente original. Un libro, lo era desde el principio, que obedecía a un planteamiento intelectualmente amplio, que con certeza desborda los límites de un trabajo fin de carrera, y se internaba en escenarios académicos que conducían hacia objetivos más ambiciosos. Pero un planteamiento que, ya en esta primera contribución, deparaba un libro sumamente original y ameno, serio e innovador. Un libro que, sobre todas las cosas, revelaba la existencia de una voz académica y universitaria. Elisa disfruta de una perspectiva y de una narrativa propias. Nada más importante para una especialista en relaciones internacionales. Y, no digamos, nada más importante para una escritora.

Nadiezhdá Mandelstam relata también que, cuando en 1934 Ósip Mandelstam fue detenido en su propia vivienda en Vorónezh y conducido a una checa dentro de una de las recurrentes purgas del stalinismo, entre los cargos que habrían de motivar su confinamiento en un campo de internamiento que, a la postre, derivaría en exterminio, se formuló uno verdaderamente insólito: al examinar la policía los libros que se encontraban en su biblioteca, descubrió que los esposos Mandelstam no contaban con ningún libro de Karl Marx. Ósip le dijo a Nadiezhdá, con su habitual sentido del humor, por última vez compar-

tido con su esposa, que seguro que era la primera vez en la historia que un hombre era detenido por no tener ningún libro de Karl Marx en su casa. Y su esposa denominó a ese capítulo de sus memorias "El estante de libros".

Seguramente muy pronto la Guerra Fría ocupe en la historia el mismo espacio que un modesto estante en una biblioteca nutrida. Un estante en donde, además, la selección de los lectores de la casa se sentirá únicamente comprometida con sus gustos, y no con las convenciones y, mucho menos, con las instrucciones de la policía cultural. Pero ese estante de libros que, durante gran parte del siglo XX, y sobre la inmensa mayoría de la superficie del planeta, representa la naturaleza indomable de la condición humana, y su invencible anhelo de libertad de conciencia y de pensamiento, de creación y de expresión, rendirá siempre homenaje al tiempo en que unos modestos volúmenes en un también modesto apartamento representaban la voluntad humana por no rendirse ni resignarse a ninguna forma de dominación. *El poder de los sin poder* de otro escritor disidente, el siempre recordado Vaclav Havel.

Elisa Ruiz Pizarra comienza un nuevo estante de libros, y un estante que le pertenece por completo, en mi añorado Edimburgo, ciudad de escritores, la de los dos amigos que tantas veces caminaron por su *Royal Mile*, David Hume y Adam Smith. Una ciudad que, por muchos conceptos, le dio forma a ideas y actitudes inseparables del proyecto de civilización que prevaleció sobre quienes persiguieron a los esposos Mandelstam, y les aniquilaron. Nadiezhda murió en plena Guerra Fría, en 1980. Ósip no fue rehabilitado hasta 1987, en plena Guerra Fría también, casi medio siglo después de su muerte. El estante de libros de Elisa Ruiz Pizarro tiene el mérito de no únicamente no desconocer la historia de las relaciones internacionales durante la Guerra Fría, o su tratamiento por las formas de creación, sino también de

empezar exactamente en el punto en el que esa contienda terrible finalizó. De terminar su libro en el Berlín en el que Wim Wenders rodó la última de las películas analizadas, *Tan lejos, tan cerca*, en 1993, apenas un año antes de su propio nacimiento. Dos ciclos históricos y de las relaciones internacionales que se suceden. Dos ciclos también vitales de los que este libro constituye un excelente testimonio.

Madrid, 27 de septiembre de 2018